

MADRID

ADIOS AL CAFE-CONCIERTO

ERA una experiencia única en España, parece que en Europa y me dicen que hasta en el mundo. Fue saludada con alegría por músicos, melómanos, críticos y periodistas especializados.

El éxito parecía asegurado. Pero, pasados los meses de euforia, menos y menos personas acudían cada vez. Hasta que, año y medio después de su inauguración, el madrileño Café-Concierto Beethoven dejaba de existir.

¿Por qué? He preguntado a los propietarios del local —varios accionistas unidos familiarmente— y su respuesta ha sido muy simple: el público no iba con la necesaria asiduidad como para amortizar, siquiera, los gastos fijos. Gastos bastante elevados, porque el Café-Concierto se hallaba en pleno barrio de Salamanca (calle Núñez de Balboa, casi esquina a Goya, donde previamente estuvo el club Don Daniel), con lo que ello significa en términos especulativos, y porque los impuestos que lo gravaban eran los mismos de cualquier local de espectáculos, salvo una pequeña exención en el capítulo de autores. A ello había que unir la amortización de la inversión efectuada, los sueldos del servicio y los costos que se derivaban de las propias características del Beethoven.

De 6,30 de la tarde a dos y media de la madrugada, usted podía acercarse a Núñez de Balboa para escuchar música, bien grabada, bien en directo por medio de actuaciones personales de solistas y grupos de cámara, que intervenían tres veces a lo largo de todas esas horas. La particularidad, la diferencia con cualquier club o discoteca habitual estribaba en cómo era esa música. Según puede adivinarse a través de su nombre, el Café-Concierto Beethoven estaba dedicado a lo que llamamos para entendernos «música clásica», término inadecuado las más de las veces. Del renacimiento al atonalismo (muy escaso), con el habitual predominio del período romántico, podían escucharse buenas grabaciones que no siempre el aficionado encontraba en los comercios. Incluso había unos carnets de socio, mediante el que la consumición obligatoria resultaba más económica, se facilitaban entradas para conciertos y se obtenían descuentos en la compra de discos.

El lugar era, sigue siendo en su nueva modalidad, agradable. Lo constituía una nave central —a la que se accedía por un pequeño entresuelo—, con una ampliación circular a su derecha, al término de la cual, un estrado con un piano albergaba a los intérpretes. Estos eran casi siempre solistas —con preferencia del público hacia los de órgano y piano, y rechazo de la «música de vanguardia», cuyo trabajo se extendía a lo largo de una media hora, susceptible de aumentarse si los asistentes lo solicitaban. Apoyado en las estadísticas del local, uno de los propietarios me asegura que el público venía principalmente a oír las actuaciones en directo. Pero, a través de las diversas veces en que yo estuve, más bien pienso lo contrario: que lo que la gente buscaba era un lugar acogedor para charlar tranquilamente (en voz baja) con una estupenda música como fondo, y que —salvo excepciones— la actuación no despertaba excesivo entusiasmo.

Los locales que —como éste— albergan a un número menor de cien personas necesitan llenarse continuamente para mantenerse vivos. En el Café-Concierto madrileño eso sucedía sólo los sábados y domingos, cuya recaudación no bastaba para compensar el déficit semanal. Ninguna subvención de ningún tipo (tampoco se pidió, esa es la verdad) ayudaba a los empresarios, quienes confiaban en que algún día la Comisaría de la Música se acordaría de ellos.

El público (unas treinta mil personas en año y medio) que solía acudir al Beethoven era o bien

muy joven o ya mayor, faltando casi por completo las generaciones de los treinta y cuarenta años —«las del silencio», me precisa uno de los accionistas—, que son precisamente las que poseen un mayor poder adquisitivo. Como contrapeso, se confiaba en el apoyo masivo de los universitarios y profesionales jóvenes, cuyo incremento de asistencia a los conciertos que se organizan en Madrid fue la baza principal para atreverse a poner en marcha la idea. Tanto los de la Nacional en el teatro Real, como los de la Orquesta de la RTVE o incluso los organizados por Ibermúsica —que este año ya han pasado a la Zarzuela en vez de al María Guerrero, vista la demanda de localidades—, los conciertos se llenan prácticamente siempre, quedando para los esforzados de las colas de madrugada el conseguir entradas para los dos primeros, si es que no se pertenece a la «casta» de los abonados. Con que un porcentaje mínimo de estos espectadores (insisto que jóvenes en una buena proporción,

lo que creo digno de estudio) se hubiera «aficionado» al Beethoven, su supervivencia habría sido posible. Mientras que otros núcleos potenciales de público —de la burguesía media y clases populares— se hallan demasiado alejados tradicionalmente de la «música clásica», como para que una iniciativa privada pudiese salvar el abismo, máxime si no se contaba con el mínimo de publicidad deseable.

De cualquier forma, treinta y tantos artistas o grupos han pasado por allí (entre los que escuché, yo destacaría al dúo Corostola-Rego y al conjunto Lema, de música renacentista) en los dieciocho meses, de abril del 72 a octubre de 1973, en que el local ha estado abierto. Unos intérpretes que no tienen demasiadas facilidades para actuar han podido, así, ponerse en contacto con el público. Con la amargura del fracaso, los organizadores mezclan este tanto positivo, así como la autosatisfacción de haber experimentado una iniciativa ambiciosa, distinta, donde a las fáciles ganancias de una discoteca o club normal se les sustituía por valores de otro orden.

A partir exactamente del 1 de noviembre, el Café-Concierto Beethoven se ha transformado en el Balboa Jazz. Conservando la estructura del local, han variado el rótulo de entrada, los carteles de la escalera, las fotos que decoran las naves —ayer, compositores clásicos; hoy, «jazzmen»... y la música que se escucha. Los propietarios siguen siendo los mismos, con lo que reúnen los dos únicos clubs de «jazz» que existen ahora en Madrid: el Whisky-Jazz Club (antiguo Bourbon's), en Diego de León, y el de Núñez de Balboa. En el mes que este último lleva funcionando cuando escribo, me dicen que la asistencia se ha multiplicado en un 100 por 100 con respecto a cuando era Café-Concierto, y se empieza a enjugar el déficit insostenible por él acumulado. Curiosamente, esas generaciones que no iban antes constituyen hoy la principal clientela.

La dirección artística del Balboa Jazz corre a cargo de Wladimiro Bas, el saxo que actúa allí de manera fija junto al pianista Tete Montoliú, aunque pasarán también otros intérpretes. Las condiciones acústicas del local resultan peores para «jazz» que para «música clásica», y la nueva discoteca todavía se halla en embrión. Ha desaparecido el club de socios, así como las conferencias que se daban los viernes acerca de temas musicales. Pero, sobre todo, tras el Balboa Jazz se esconde la sombra de un fracaso, el recuerdo de algo que sólo comenzó. Pasar de la «música clásica» al «jazz» no es, por supuesto, nada deshonroso. Pero que la transición venga por fuera de combate de la primera, sí me parece motivo suficiente de reflexión. ■ FERNANDO LARA.

